

ñaban sus bellas pupilas, añadió con voz conmovida y triste:

—No debe extrañarte lo que por mí pasa: es natural: mi abuelo es un caballero honrado, compasivo y tú abrigas sentimientos harto nobles para dejar de conducirte como quien eres.

—¿Y bien?

—Mi pobre abuelo, ese anciano, herido á la par en su cariño paternal y en su honra, desechó indignado á la hija que habia burlado largos años su buena fé; pero como cristiano, ha querido evitar á su conciencia el remordimiento que pudiera causarle mi abandono: por esta razon únicamente se decidió á arrancarme de los brazos de aquellas honradas gentes, que á su vez lo hicieron, no sé si diga por desgracia ó por suerte mia, al asilo dentro del cual se me ocultó como un baldon por una mano despiadada.

—Pero tu abuelo te quiere, María; el pobre anciano te colma de cuidados y de caricias, no piensa sino en tu mayor ventura, en tu felicidad...

—En vano pretenderia negarlo, Enrique, como tampoco he negado jamás el cariño que me profesabas.

—Y te profesaré mientras viva, ángel mio.

—Pues bien: una duda cruel me martiriza.

—¿Qué duda?

—Mi abuelo, como tú dices, me colma de atenciones y de cuidados.

—Has podido verlo, María.

—Sí, Enrique, sí, como tambien he visto en tí testimonios repetidos de un amor que antes llenaba de felicidad inexplicable mi alma...

—¿Y ahora?

—Pues bien, ahora, Enrique, á la felicidad casi ha llegado á reemplazar la inquietud; el desasosiego, la pena.

—¿Por qué?... esas palabras...

—Porque mientras mi abuelo se conduce movido por su piedad cristiana, también tú obras guiado, más bien que por tu amor, por la compasión que debe inspirarte esta mujer desventurada.

—María, casi no comprendo ya lo que me está pasando; ese lenguaje es extraño en tí..

Utrera pronunció estas palabras con vehemencia, con una especie de alucinamiento dictado por el cambio singular que creía distinguir en el carácter de su joven prometida.

María le interrumpió:

—No te extrañes, Enrique: grandes y muchos son los motivos que tengo para ser víctima hoy de ideas y de temores que no había jamás sentido. ¿Ves esta casa, este lujo que hoy me rodea? Tal vez encontraría otra joven en todo este cambio una felicidad completa. Pues bien; esta casa tan suntuosa, ese lujo, esos criados que á porfía desean servirme, todo esto, Enrique, me disgusta y me abruma. Preferiría que ese buen anciano me hubiese conducido á un humilde zaguan, dentro del cual no me sentiría embarazada por comodidades para las cuales sin duda no he nacido, ó no estoy bastante bien preparada.

—¡Un palacio sería muy poco para tí!—exclamó Utrera con la precipitada exageración del amor.

—No dudo que lo creerás tú así,—continuó María,—pero aun cuando en realidad lo creas, te engaña ciertamente tu buen deseo. Por otra parte, un remordimiento

me aqueja... La que me ha dado el sér era la dueña natural de todas estas riquezas; por su carácter se la adaptaban mucho mejor que á mí, que nada ambiciono. Pues bien, mientras que el noble anciano me colma de todo cuanto puede tener la más encumbrada señora, su hija, mi madre, permanece como desheredada de lo que de derecho la pertenece; y todo ¿por qué? porque el buen anciano ha querido á una vez dar un castigo y establecer una compensacion... su cariño hácia mí tiene mucho de misericordia... y... ¿quién sabe? Quizá no es él solo á participar de este sentimiento.

María cesó en esta penosa explicacion de las dudas que un rápido cambio de destino la habia sugerido, y alzó sus ojos, que hasta entonces los habia tenido fijos en el suelo, para mirar á Utrera.

Este se habia levantado al oír las últimas palabras de la jóven.

En su semblante, en su actitud inquieta se advertia bien claramente el efecto desagradable, la triste sensacion de que se hallaba poseido.

—María, —dijo despues de un largo espacio de silencio, —te encuentro muy distinta de lo que eras; una transformacion inexplicable parece haberse obrado estos últimos dias en tí... O yo no comprendo bastante bien, ó creo que estás siendo víctima de una lamentable preocupacion.

—Tal vez, Enrique.

—Pero debes presumir, María, que forzosamente ha de causarme sérios temores lo que en tí observó... Ese cambio inaudito, al tratarse de un alma tan candorosa como la tuya, no es obra de tu sola razon; esos escrúpulos que ahora abrigas, no son tuyos, pobre niña, una

voluntad ajena, otro criterio más sagáz debió inculcárte-
telos...

—¿Quién había de inspirármelos?—preguntó María con viveza.

—Un alma pérfida,—repuso Utrera,—para quien no pasó desapercibido el rápido movimiento de sorpresa en que se estremeció la jóven.

Esta replicó:

—Bien sabes que yo estoy únicamente rodeada de los criados de la casa, que á nadie veo, que no hablo á persona alguna.

Utrera hizo un gesto de incredulidad, y dijo:

—María, si tú me amas como yo te amo á tí, vás á darme una prueba. Confíate á mí, no como un amante, sino como á un hermano cariñoso... ¿Quieres responder con franqueza á lo que voy á preguntarte?

María hizo un esfuerzo para hablar, pero un interior impulso, que no pasó desapercibido para el ojo cauteloso de Utrera, mantuvo cerrada su boca. Todo el predominio que hasta entonces había ejercido su amante sobre ella, fué inútil en esta ocasion.

El jóven esperó algunos minutos á que María respondiera ó alegára una excusa; mas comprendiendo que se prolongaba demasiado aquel silencio, exclamó con profundo acento de amargura:

—¡Dios mio! ¿será posible que se haya obrado en tí tan repentina mudanza, que las súplicas mías no hallen ya eco en tu corazón?

María permaneció en su actitud silenciosa.

Utrera exclamó entonces:

—¡Oh! ya no me cabe duda, María: tú no me amas.

—¡Eso no es cierto!—exclamó á su vez la jóven con viveza.

La apasionada inflexion que la niña dió á su voz llegó hasta lo más hondo del corazon de Utrera, derramándose por sus agitadas fibras con la frescura de un bálsamo consolador. Una terrible duda le habia dominado durante algunos angustiosos momentos, motivada por las extrañas frases de su amante y por su exquisito egoismo del amor, ese eterno origen de los celos entre los enamorados.

Sin embargo, desvanecida la duda respecto á lo que principalmente le interesaba, sus sospechas ante la singular actitud de María no se mitigaron en lo más mínimo, y antes por el contrario, se confirmaba en ellas cada vez más; y como segun las ideas que se agitaban y tomaban cuerpo en su mente, podia ser peligroso cualquier descuido, resolvió no abandonar la estancia de la jóven hasta resolver aquel problema.

El tono de las últimas frases en que se produjo su amante al significarla sus celos ó sus temores, restableció en su alma la tranquilidad que tan próxima habia estado á abandonarle; y en este concepto nada más fácil le era que volver á la verdadera situacion.

Por un momento se sintió movido á estrechar con ternura las manos de María, y pedirla perdon por sus dudas.

Pero por esta vez, torciendo la expansiva bondad de su carácter, se mantuvo en una prudente reserva, pues no convenia á sus propósitos variar de faz ni de armas para combatir la decepcion que segun él se ocultaba en el corazon de la niña.

Mantúvose, pues, en una perfecta expectativa, y sin dar á conocer su contento, se resolvió á prolongar la es-

cena en el terreno de que se prometia en tal sazón sacar algun provecho.

Así es, que dijo moviendo la cabeza como para mostrar su desconfianza:

—¿Qué, no es cierto, María?... ¿te atreves aun á negar lo que tan claramente distingue mi corazón?... ¡Ah! por Dios al ménos no pretendas hacer mayor mi desventura, negando lo que evidencia tu conducta.

—¿Tienes queja alguna de mí?—le preguntó la jóven.—¿Qué culpa tengo yo de que impensadamente y contra mis deseos se me hubiesen ocurrido ciertos presentimientos naturales, ciertos temores?...

—Acaso deberia creerte, María; pero tu aspecto, el cambio que se ha obrado en tí rápidamente, me aseguran todo lo contrario de lo que dices.

—¡Dios mio! ¿y serás capaz de dudar?...

—¿Y por qué no? De otro modo no serias conmigo reservada.

—¿Que soy reservada, dices?

—Sí, María, sí.

—¿En qué te fundas, pues?

—En lo mismo que fundabas tú los temores que acabas de manifestarme respecto de tu anciano abuelo y de mí.

La jóven se sintió desconcertada por esta salida de su amante, quien no queriendo perder un solo palmo de terreno, añadió:

—Hasta dos dias hace, no guardabas para mí secreto alguno, más aun, con tu carácter ingénuo y confiado, no precisamente el hombre que tanto te adora, sino tambien cuantos te rodean, leian en tu corazón y en tu pensamiento, como en su propio pensamiento y en su propio corazón... Verdad es, María, que, en la pureza de tu alma,

nada tenias que mantener escondido á los ojos del mundo; pero esto mismo aviva las sospechas que en este momento acabas de levantar en el fondo de mi alma, y en verdad que á ser ciertos mis temores, bien pronto tendré derecho á decirte que los tuyos eran una máscara con que pretendias encubrir lo que en vano anhelo yo adivinar, María, creeme: tu conducta no es digna de tí ni de mí.

La jóven, cuyo desconcierto crecia de un modo visible, replicó con voz balbuciente:

—Yo no guardo para tí secreto alguno... tus sospechas!

—No prosigas, —dijo Utrera, —no quiero forzarte á que por la primera vez en tu vida faltes á la verdad... ¿A qué cansarme? ¿Por qué molestarte á tí con lo que ya sé hasta la evidencia? ¿Para qué más luz? ¿No veo bastante claro lo que pasa en tu conciencia?

—Pero Enrique mio...

—No, no; es inútil: yo no quiero que te esfuerces más, haciéndote una violencia que yo no merezco. ¡Ya tienes secretos para mí!... ¿A qué discurrir más? Estoy convencido de que ya no me amas...

—¡Enrique!

—Sí, no me amas, y ya que tanto te he querido, no consentiré en ser para tí una pesadilla insoportable. Así, pues, voy á evitarte mi presencia, voy á librarte de un importuno que ciegameamente creia ¡imbécil! ser el elegido de tu corazón.

Y Utrera hizo como que se disponia á salir.

Dió algunos pasos con fingida resolucion, tomó su sombrero, y poniendo su rostro todo lo más sério que le fué posible,

—Adios, María, —dijo, —te dejo feliz con mi ausencia.

Pero no bien intentó dar algunos pasos, la pobre niña se arrojó á él y le detuvo, como si creyera que el alma iba á abandonar su cuerpo.

Copiosas lágrimas bañaban sus bellos ojos.

—¿Y serias capaz de irte? — decia sollozando. — ¿Tendrías valor para eso?

Utrera se sintió vencido ante la elocuente sensibilidad de la jóven, y por un momento estuvo decidido á deponer su ficcion.

Pero se reprimió, y dijo:

—Tú lo quieres: desde que me consta el género de secreto que guardas respecto de mí, una barrera insuperable se interpone entre nosotros.

Utrera mentia soberanamente.

Si es verdad que lo sospechaba, no podia determinar cuál era el secreto de la pobre niña.

Esta le creyó sin embargo, y balbuceó:

—Pues bien: voy á decírtelo todo, ó más bien, tú mismo vas á enterarte.

Y sacando una carta de su bolsillo se la entregó á su amante.

Este la tomó casi maquinalmente, porque no acertaba á comprender lo que aquello significaba.

Pero al desdoblarla y al leer la firma que tenia escrita al pié, dejó escapar una exclamacion de sorpresa.

—Lo sospechaba,—murmuró,—pero no hubiera creído jamás que se atreveria á tanto.—¡Pobre niña! Tal vez intenta secar tu corazon y dejarle desierto como tiene el suyo.

En aquel momento apareció en la estancia D. Pablo de Montenegro, y al verle María, murmuró precipitadamente al oido de su novio, que se sonrió cariñosamente:

—Que nada sepa él de esa carta. Utrera la guardó lentamente y sin leerla en su bolsillo.

Don Pablo de Montenegro, despues de besar en la frente á María, sin reparar en los sureos que las lágrimas habian impreso en sus mejillas, dijo dirigiéndose á Utrera:

—Vamos ya, si Vd. quiere.

—Estoy á sus órdenes,—respondió el amante de María, dirigiendo á este una mirada de inteligencia.

—Y añadió en seguida:

—¿Pero tardaremos mucho? ¿nos detendremos, don Pablo?

—No, pero es preciso ir, se cuenta con Vd. decididamente.

—Pues iré, pero será preciso que me detenga breve tiempo.

—¿Por qué?

—Porque me esperan en otra parte á las ocho en punto.

Y bajando la voz,

—En la calle del Humilladero,—dijo.

—¿Aquel buen hombre acaso?

—No solamente él, sino lo más decidido del barrio: habia indicado á Vd. ya que á mi vez tengo la presidencia de una reunion verdaderamente respetable: á las ocho en punto debo de estar entre ellos.

—Pues no queda tiempo que perder; vamos.

Y Utrera y Montenegro, que se apoyaba en el brazo del jóven, abandonaron aquella casa, dirigiéndose al mismo café de la Carrera de San Gerónimo, donde nuestros lectores han tenido ocasion de presenciar el lance ocurrido entre Velarde y un oficial del ejército francés.

Al contrario del aspecto que presentaba interiormente

la taberna de la calle del Humilladero, Utrera y Montenegro se encontraron con que las puertas del café estaban abiertas casi de par en par.

Los reverberos, casi apagados, lanzaban una luz moribunda sobre las mesas, desiertas á la sazón.

Nuestros personajes entraron deteniéndose algunos instantes.

Un mozo que por allí aparecía como ocupado en sus faenas, les hizo una imperceptible seña de inteligencia.

Luego, después de haber mirado Utrera con cierto aire de precaución hacia la calle, franquearon una puerta interior penetrando por ella y cerrando rápidamente.

En seguida comenzaron, después de haber andado algunos pasos, á descender por una escalera de caracol situada al extremo de un corredor.

Desde que hubieron bajado como seis escaleras, distinguieron las tintas de una luz que subía del fondo.

También el eco de algunas voces llegó hasta los oídos de nuestros personajes, quienes llegaron por fin al término de su descenso.

El paraje donde acababan de penetrar era una espaciosa cueva, un sótano que servía para almacén ó depósito del establecimiento.

Hacinados en los extremos ó rincones, distinguíanse barriles, cajones y sacos, sobre los cuales indistinta y llamadamente se veían sentadas como unas trece ó catorce personas, pertenecientes en su totalidad á una clase acomodada.

Uno solo entre todos representaba una gerarquía distinta.

En pié, casi al centro de la cueva, parecía presidir aquella especie de asamblea subterránea, que tenía algo

de las famosas catacumbas, ya por lo austero de los semblantes en aquella ocasion, y ya por la fé y ardimiento con que se ocupaban todos de un objeto que viene á constituir para todo ciudadano honrado una cierta religion que se parece algo á la divina, porque es la religion sacrosanta de la pátria.

El conde de M..., pues no era otro el personaje á quien nos referimos, conversaba, ó más bien dirigia la palabra en aquel momento al capitán de artillería D. Pedro Velarde. Este, con el semblante visiblemente contraído y descompuesto, escuchaba á M..., es decir, al tío Pedro, de un modo que no es posible definir.

—Sí, ha llegado el momento de la terrible prueba, y ya no es fácil contener á la opinion y al sentimiento público que se desbordan. Hoy, mañana tal vez, van á aparecer horas aciagas para España... Yo presiento, señores, que la sangre va á correr en abundancia, y tanto, que ya creo que únicamente la noche se opone al rayo de la indignacion popular.

Estas palabras fueron las últimas que distintamente sonaron en los oídos de Montenegro y de Utrera al penetrar en aquel singular paraje.

—Tiene Vd. razon, conde; —afirmó Utrera inclinándose cortesmente, —y ya esta noche los preludios dicen que todo es preferible, hasta los horrores de una lucha desigual, á los desmanes de nuestros huéspedes.

—Pues bien, —añadió el de M..., —al estado á que han llegado ya las cosas, forzoso es ordenar algo que tenga carácter de solidez, de fuerza.

—A ese fin creo que nos encaminamos todos.

—Sí, pero es preciso no perder el tiempo: en tal situacion, las horas, los minutos son preciosos y no deben des-

aprovecharse, sin exponerse á que el peligro ya cierto, sea mayor de lo que debe ser. ¿Qué noticias traeis sobre las que ya conocemos, amigos míos? ¿Habeis tenido ocasion de observar por ahí algo?

—Con escasa diferencia lo mismo, solamente que los extranjeros pasan y repasan las calles, como si se aprestasen á dar una gran batalla.

—¡Es que conocen la proximidad del conflicto que han provocado!—observó uno de los concurrentes con oportunidad.

—¡Y han visto ya que el pueblo de Madrid no se encuentra dispuesto á tolerar sus punibles desafueros!—añadió otro.

—Dejémonos ahora de consideraciones inútiles,—interrumpió el de M...—y hablemos de lo que interesa prevenir y hacer. Dígame Vd., Utrera, —añadió,—¿qué tiene Vd. preparado á estas horas? ¿Ha conseguido Vd. entenderse con esa gente?

—Sí, conde, y precisamente venia á hablar á Vd. de eso. Ya sabe Vd. que el tabernero de la calle del Humilladero, con una prevision verdaderamente profética, ha conseguido formar un depósito de armas para un caso de necesidad...

—Sí, lo sé, Utrera, y ese hombre es digno del agradecimiento de la patria...

—Pues bien, esta tarde, y en vista de los escándalos y de los atropellos promovidos por la soldadesca, así como de la indignacion con que se ha acogido generalmente la noticia de la marcha del infante á Francia, hemos procurado avisar á toda la gente templada capaz de ordenar junta y separadamente una resistencia, en el caso, muy probable, de un conflicto.

—¿Y qué han conseguido Vds.?

—Acaso en este momento me esperan ya una veintena de valientes en la taberna del tío Colás, que los recibirá Puerta cerrada, y tiene órdenes terminantes para advertirles que se conduzcan con la más sigilosa conducta, con entera moderación, á fin de no echar de barato nuestros esfuerzos con una imprudencia.

—¿Los había Vd. visto ya?

—Acabo de decir á Vd., conde, que quizá en este momento me esperan para recibir las instrucciones convenientes.

—Entonces puede Vd. decirles lo que ya hemos acordado respecto de lo demás. Mañana es el día destinado para la salida del infante...

—Sí, la Junta de gobierno no ha tenido tison ni dignidad suficientes para resistir y oponerse á esta nueva exigencia de Joaquin Murat. El pueblo todo sabe ya muy bien cuanto ha ocurrido en ese particular.

—Pues porque el pueblo lo sabe, señores,—repuso el conde de M... dirigiéndose á sus colegas,—y además, porque se encuentra fuertemente excitado con ese próximo viaje, casi nos consta que á pesar de todo lo que se haga por contenerle, estallará de indignación y comprometerá gravemente la situación tirantísima y peligrosa porque atraviesa. Como Vds. comprenden, ante la perspectiva de una excision más que probable, deben tomarse toda suerte de precauciones en su favor... Si nosotros, contra todas las reglas de la prudencia, precipitamos á ese pueblo por una pendiente tan peligrosa como lo será un motin en las actuales circunstancias, seríamos responsables en cierto modo de la sangre que se vertiera... Pero, el pueblo, cuyo carácter noble, independiente y enérgico, puede resistir muy

pocas veces ó ninguna á las bastardías y vejámenes de los extraños, no encontrará, llegada la ocasion, dique alguno bastante á contener su fuerte irritacion; y en verdad, no necesitará que nadie le impulse ú hostigue, dado ya el caso, que podemos decir infalible, de una agitacion... Nuestra conciencia, repito, puede estar tranquila en este punto. Pero desde luego necesita de un guia, quien dirigiéndole con cordura y encaminando su rumbo, le economice una sangre que, entregado á sí mismo, derramaria estérilmente.

Un murmullo unánime de aprobacion interrumpió á M..

Hizo una breve pausa para inclinarse ante los circunstantes, y luego continuó con la misma solemne voz:—Este ha sido el objeto que nos ha traído aquí, á la que acaso es nuestra última reunion, y este tambien el norte que debe guiarnos. Así, pues, con la conciencia tranquila en cuanto á nuestra responsabilidad, y conociendo de un modo palpable que ni nuestra excitacion ni el débil freno de nuestros consejos pacíficos, influiria ni en pro ni en contra de lo que necesaria, de lo que lógicamente ha de suceder al pueblo muy pronto por desgracia, encomiendo á todos Vds., amigos míos, que colocándose á su lado en un caso aflictivo y cada cual respecto de los suyos, á falta de una disciplina y un órden imposibles á la multitud desbordada, la dirijan del modo más acertado... Velarde,—añadió dirigiéndose al artillero que le escuchaba absorto,—¿no podrá Vd. decirme á punto fijo los recursos con que cuenta, si es llegado el momento?

El capitán respondió con amarga ironía:

—El patriota Ofarril no ha querido dejarme otros medios de defensa, ni más armas, ni municiones que los tin-

teros y demás útiles de mi oficina... Mi departamento, esto es, mi escritorio en la secretaría de la Junta económica, le pareció de hecho poco peligroso. Verdad es que en el caso que se presente cercano, no será la mia la última sangre que llegue á verterse peleando contra el francés; pero en cuanto á medios, á recursos que yo pueda arbitrar, todo me lo ha vedado la baja ruindad del susodicho Ofarril.

Dijo así Velarde, y pareció caer en un profundo abatimiento, de esos que despedazan á ciertas organizaciones activas y vigorosas, como lo era la del jóven capitán.

Las miradas de todos permanecieron fijas por largo espacio en el rostro del capitán Velarde con un marcado interés, con una simpatía que á poder él distinguirla en aquel momento, hubiese sentido mitigarse en alguna parte la hiel que rebosaba su hidalgo corazón.

A ninguno de cuantos allí se encontraban reunidos se escapó la causa que tenia sumido al jóven militar en aquel visible abatimiento.

El conde de M... le preguntó:

—Pero ¿y su amigo Daoiz? ¿No podríamos contar con él en un caso supremo?

—Mi amigo Daoiz,—respondió el jóven,—á pesar de hallarse en el Parque encargado del detall, es tan impotente como yo.

—Sin embargo, en los almacenes del Parque existen armas y municiones en regular cantidad: si oportunamente dispusiésemos de ellas...

—Son muy escasas allí las existencias,—objetó el artillero,—nada hay hecho, nada se ha permitido hacer ni aun para la instruccion de los reclutas; pero de cualquier modo para nada sirve lo que allí hay, con nada podemos contar.

—¿Por qué, Velarde?

—En primer lugar, porque Daoiz permanece al frente del Parque como maniatado, sin acción ni voluntad de ninguna especie.

—¿Pues cómo?

—Ya creo habérselo indicado á Vd. en otra ocasión: era natural, porque al recordar la intimidad que á él me liga, y despues de manifestado á Ofarril mi plan que Vds. conocen, se le ha colocado, bajo un falso pretexto, un piquete de soldados imperiales que le vigilan de cerca. Esto en cuanto á lo que él pudiera disponer sobre los escasos, ó más bien desprevenidos recursos que de allí fuese fácil aprovechar. Además, media un obstáculo no ménos fuerte que el anterior, para que él facilite ó haga armas de ningun modo contra nuestros opresores y enemigos.

—¿Qué obstáculo es ese de que habla Vd.?—preguntó M...

—La disciplina, ese dogal de la ordenanza que llaman deber los militares rígidos como lo es Daoiz.

—¿Y bien?

—Daoiz es uno de esos militares de que os hablo, muy escrupuloso y estricto en cuanto á la ordenanza.

—Pero eso no obsta para que auxilie al pueblo cuando este llegue á verse amenazado por sus enemigos. Por otra parte, ¿no era Daoiz de nuestra opinion, cuando en otras ocasiones, no tan inminentes, hemos hablado en su casa propia de las probabilidades de un porvenir belicoso?

—Sí, pero entonces nadie se habia acordado de que Daoiz podria ser un brazo auxiliar del pueblo.

—¿Y ahora?—preguntó M...

—Desde que fué en mal hora sometido mi plan á Ofarril,—continuó Velarde con acento de amargo despecho,—y como en dicho plan de defensa comprendia el Parque, á

cargo de nuestro amigo Daoiz, comenzaron á abrigarse temores acerca de mi compañero. Convencido Ofarril hasta la evidencia de que á Daoiz más le contiene una orden de sus jefes que las granadas de un enemigo, no creyó necesario llevar á efecto las exigencias de Murat para que le separara del destino que se le ha confiado... Por otra parte era, segun el general, hacerse inútilmente sospechoso: limitóse, pues, á poner á su inmediacion ochenta hombres del ejército francés.

— ¡Miserable! — exclamó el de M... con indignacion.

— Despues de esto, señores, — dijo Velarde, — creo que en vista de la agitacion que se observa, el mismo Ofarril le comunicó una orden, previniéndole que aun cuando llegase un motin entre el pueblo y los franceses, — tal es en el fondo el espíritu de tan peregrina comunicacion, — permaneciese quieto condenándole así á una impasibilidad dolorosa.

— Y Daoiz, ¿se ha conformado con la orden? ¿Cómo la ha recibido?...

— La ha recibido, — y esto me consta muy particularmente, — con vivas muestras de despecho, de desesperacion, pero tambien se ha resuelto á no contraestarla.

— ¿Es decir que no podrá contarse con él en ningun caso?...

— Mucho lo temo: sin embargo, tal vez la presencia de sucesos que aun tendrá la esperanza de que no llegarán á acontecer... ¿Quién sabe, amigos míos, quién sabe hasta dónde alcanzará su dominio sobre sí mismo, cuando se trate de la salud de la pátria? El tiempo nos lo dirá.

Largo tiempo continuaron aun departiendo aquellos valientes patricios sobre los males que aquejaban á la nacion y los terribles desastres que amagaban sobrevenir de un momento á otro, segun el profundo rencor que los españoles profesaban á sus huéspedes los franceses y las demasías á que estos gustaban entregarse, por no perder su inveterada costumbre.

Las observaciones más exquisitas, las precauciones más previsoras, los medios más hábiles en tan crítica situacion: de todo hicieron mérito, nada omitieron durante la sesion que en parte hemos reseñado á nuestros lectores, y que en tan extraño paraje se habia concertado.

El rumor, ó más bien, la certeza de que el conde de M... habia celebrado en su propia casa asambleas de este género desde que acontecieron los memorables tumultos de Aranjuez contra el favorito, dando márgen á la abdicacion de Cárlos IV en favor de su hijo, hasta los que tenian por objeto único prevenirse contra las perfidias del caudillo y ejército bonapartista, la constancia con que era vigilado desde dos dias anteriores al suceso del baron del Pino, y en su consecuencia los temores de un inútil compromiso, le obligaron á ocurrir á otros medios más seguros.

Verdad es que estas reuniones no eran diarias ni mucho ménos; pero cuando se hacia indispensable recurrir á ellas para concertar alguna cosa de utilidad al pueblo, entregados los contertulios á una previsorá ambulancia, ya elegian el más humilde rincon de una casa retirada, ya el elevado techo de una desmantelada boardilla, ó bien un local análogo al sótano del café, donde les hemos visto tan satisfechos como si disfrutasen de los abandonados salones del palacio de M...

D. Enrique Utrera se despidió de sus colegas, antes que estos hubiesen dado fin á sus importantes conferencias.

Quando llegó á la calle del Humilladero, en donde era esperado con verdadera ansiedad, todos le acogieron con muestras de gran satisfaccion.

Sin embargo, ¡cosa extrañal ni una sola voz, ni una exclamacion imprudente alteraron en lo más mínimo la silenciosa gravedad que por su propio bien les estaba encomendada.

El Maestro y el tabernero fueron los únicos que dirigieron á D. Enrique la palabra, haciéndole respectivamente preguntas que se relacionaban con la situacion del dia y la actitud de los allí asistentes.

D. Enrique les refirió en tono sumamente bajo, pero que fué oido por todos sin dificultad, cuanto se habia acordado por los personajes á quienes acababa de abandonar.

En su afan por complacer á aquellas buenas gentes que le escuchaban como á un oráculo, no omitió razon ni detalle alguno.

Quando despues de esto hubo concluido de dar sus instrucciones, le preguntó el tabernero con aire de duda:

—Y si llega el caso, D. Enrique, ¿cómo distribuiremos el depósito de mi camaranchon? ¿Cómo se arreglará eso, así, en un pronto?

—Descuide Vd., señor Nicolás, descuide Vd.,—dijo Utrera,—respecto á ese particular, tengo mi plan ya bien meditado, y desde luego le prometo que me tendrá aquí con exacta puntualidad...

El Maestro le interrumpió para preguntar á su vez:

—Pero díganos Vd. ahora, señor D. Enrique: ¿Vd. cree



que llegaremos por último á las manos?... Con franqueza, ¿qué opina Vd.?

—Pregúnteselo Vd. á su propia conciencia, —le respondió Utrera, —pregúnteselo á todos cuantos aquí están, á los presentimientos de sus corazones.

—¡Es verdad!

—¡Tiene razon! —Murmuraron sordamente algunos.

Utrera prosiguió:

—Por los demás, aunque todos adoptamos nuestras precauciones contra un caso previsto, tal vez inevitable, ¿seríamos tan poco cuerdos, que fuésemos á aventurar un golpe fuera de tiempo, ineficaz y peligroso? No, seguramente. La indignacion es general; las ofensas que la motivan, numerosas y graves. Muchas son, es verdad, las que hemos devorado en el silencio, apelando siempre á una prudencia difícil; ¿pero quién nos responde de que mañana, una gota más, no hará rebosar la ya colmada copa? ¿Quién nos responde, amigos míos, quién? ¡Ah! ¡ninguno de vosotros se atreverá á responder en este sentido, porque á ello se opone como un abismo la sangre española que corre por nuestras venas!

.
Las últimas palabras de Utrera habian causado una profunda sensacion entre aquellas honradas gentes.

Un cuarto de hora trascurrió todavía, al cabo del cual la taberna fué quedando desierta gradualmente.

Uno tras otro, y esperando á una razonable intermision, salieron con perfecta cautela. A aquellas horas era muy expuesto infundir cualquier sospecha; pues en todas direcciones cruzaban á Madrid repetidamente numerosas patrullas de soldados franceses.

Don Enrique Utrera salió el último, y antes de hacerlo

consagró un muy largo espacio á satisfacer las preguntas de la señora Teresa acerca de su querida María.

La buena mujer terminó su plática sin poder reprimir algunas lágrimas rebeldes que el recuerdo hizo asomar á sus ojos.

consentido un muy largo espacio á satisfacer las preguntas de la señora Teresa acerca de su querida María. La buena mujer terminó su plática sin poder recomendar algunas lágrimas rebeldes que el recuerdo hizo asomar en sus ojos.

CAPITULO XXVI.

Graves peligros de una distraccion amorosa.

En tanto se adoptaban estas medidas, si bien ineficaces, bastante previsoras en razon á las críticas circunstancias porque atravesaba la Península en general, y muy particularmente el pueblo de Madrid, dos personajes de nuestra historia corrian un inminente peligro que, por lo no esperado y oculto, no se preveía ni ménos conjuraba con precauciones de ningun género.

El móvil de este peligro era el amor propio burlado de un hombre, y los personajes contra quienes se fraguaba, la jóven condesa del Ramal, Carolina, y su noble amante el célebre militar que tan glorioso papel desempeña en el drama que pretendemos reproducir.

Preocupado Velarde hondamente por la aciaga situacion del país, su pensamiento se fijaba sin treguas en un porvenir que columbraba en lontananza lleno de fúnebres colores.

Desde que sus tentativas de precaucion habian obtenido de parte de Ofarril tan malos resultados, ya por haberse negado este á auxiliar al valiente capitán en su proposicion, y ya por su torpe confianza con Murat al revelar le tan delicada idea, Velarde se sintió dominado por un abatimiento cruel, abatimiento que tenia en ciertos instantes todos los síntomas de una pesadilla.

Dotado el jóven de un carácter tan activo como enérgico, y de una penetracion y talento singulares, si le constaba hasta la evidencia que su inaccion en aquella coyuntura podia ser en cierto modo una sancion tácita, prestada á los enemigos del pueblo, no dejaba de comprender tambien todo lo ineficaces que hubieran sido sus esfuerzos propios, cuando la desgracia y la vileza le negaban los elementos necesarios para combatir de algun modo lo que sus ojos contemplaban hacia tanto tiempo con inquietud y con santa ira.

Si se tratase de un sér de ciertas condiciones, de esos en quienes la conciencia tiene muy felices resortes para guardarla á su arbitrio, Velarde hubiera recobrado sin esfuerzo su tranquilidad, con el solo recuerdo de sus tentativas frustradas.

Nada más natural en los hombres de honor que la conciencia de su deber, allí donde la palabra *imposible* aparece grabada con terribles caracteres.

Decimos con la razon de la experiencia los cristianos que *el hombre propone y Dios dispone*, y aunque Ofarril nada tenia de la divinidad, aplicado aquel dicho al caso en que se encontraba Velarde, parece debiera haberle servido de lenitivo á su patriótica pesadumbre.

Cuando, como él lo hizo, se buscan los medios de oponerse á una iniquidad, y estos medios son imposibles por la

falencia del poder superior de quien se pretenden, la responsabilidad, aun dentro de la conciencia más rígida, va á pesar toda entera sobre una segunda persona, sobre la que niega su cooperacion, sobre la que disponiendo de la fuerza, niega su concurso á toda empresa de justicia.

Desde que este caso llega, se establece una relacion absoluta, como si dijéramos de mancomunidad, entre el mal y el que lo consiente con su indiferencia.

Por el contrario, el que lo ha designado, el que ha indicado contra ese mal un remedio que no posee, á otro en cuya mano se halla, puede volver sin temor sus ojos al santuario de su conciencia, seguro de no encontrar en ella esas manchas ó borrones indelebles que en el lenguaje de la religion, de la moral y del deber, se llama remordimiento.

Pues D. Pedro Velarde se hallaba, ó más bien, á ser otro, debiera hallarse en este caso, ménos abrumado por el rigor de sus escrúpulos.

Ofarril, que habia visto y encontrado excelentes las medidas propuestas por Velarde, las cuales eran su famoso plan ofensivo y defensivo contra cualquier agresion que pudiese sobrevenir de parte de los franceses, no contento ya con negar su cooperacion, se detuvo muy poco, más bien corrió presuroso á informar de todo lo ocurrido al caudillo enemigo de la pátria, el cual indudablemente debió reirse con menosprecio, al considerar á un hombre como el célebrimo ministro, tan solícito en facilitarle armas contra la libertad de su nacion, movido por un oficioso celo de que no hay ejemplo tal vez en los anales de la insensatez, ó acaso de la avilantéz.

La responsabilidad, pues, de este hecho, recaia toda entera sobre el incalificable ministro español.

Pero á Velarde no podia satisfacer esta consideracion,